

Así fue. Justo cuando venía escapando, Leonardo Ferretti leyó la revista *Gente* y se enteró: un argentino, el doctor Fabián Hunico, había inventado un método para reproducir en serie a la especie humana. Era una técnica basada en la partición de células, el aprovechamiento de genes, la fusión de protones, neutrones y priones... La noticia detuvo su viaje a la desaparición. Fue al consultorio-laboratorio del científico y como Hunico había liquidado su día de trabajo terminaron de copas en un bar. Al tercer whisky, Ferretti habló:

—Estoy harto de salir con muchas mujeres. Tengo un corralito de hembras, diez que forman mi harén. Soy un pájaro carpintero del sexo, ando martillando de acá para allá. Pero como no estoy enamorado de ninguna, cada vez que me toca el turno de atenderlas me digo: “Qué triste es esto, qué solo estoy”. Penetrarlas es igual a meter la mano detrás del telón en el teatro de sombras tailandés. Algunas noches me hago el propósito de quedarme tranquilo en casa viendo televisión, pero entonces escucho las voces de sus pensamientos llamándome. “Leonardo, amor, amor”. “Vení, soy toda tuya”. “¿Cómo podés dejar de verme sabiendo lo que haríamos juntos si estuvieras acá?”. Y el teléfono que suena a cualquier hora, y los golpes en la puerta por la madrugada. ¿Se imagina lo que es aguantar el lloriqueo de una, el histerismo de otra, la melancolía de la tercera, la ninfomanía de la cuarta (una bestia con un cuerpo fabuloso, fue Miss Bikini Balneario Mar Azul), las ganas de casarse de la quinta...?

—Déjelas a todas —dijo Hunico—. ¿Pedimos unas papitas, unos maníes?

—Es lo que me decían mis ex amigos. ¡Mozo! Me decían: “Somos la rabia y el hambre, somos los dientes de tu pan. Tiranos a esas perras calientes que en tu lugar sabremos qué hacer”. ¿Entiende mi tragedia, doctor? No sé abandonar. Me pone mal dejarlas, pienso qué va a ser de sus vidas, cómo se las arreglarán sin mí... Por eso le pido: reproduzcame. Quiero que en la proliferación de mis simulacros ellas me tengan por compañía mientras yo gano descanso y soledad.

—¿Acaso desconoce que en las presentes condiciones de la evolución científica el desarrollo de una réplica no es sinónimo de reproducción de una identidad? —dijo Hunico— ¿Ignora que sus hipotéticas copias asumirían la categoría de entidades *per se*...? Aunque no nacidos del tibio y viscoso esperma, estos derivados resultarían sujetos sustanciales, y como tales...

—Mire, doctor. Sin ánimo de ofender. No es que sea un insensible, pero si no fuera porque en cuestiones de sexo todo se funda sobre la apariencia... ¡Me importaría un carajo que mis dobles le salieran parecidos o distintos a mí! Es curioso. De ese aluvión de mujeres que dicen conocerme no debe haber una que tenga el más mínimo atisbo de mi alma, como no lo tengo yo mismo, ni lo tendré, en tanto no sea propiedad de las almas el encarnarse o reflejarse. Y como nunca nadie habló de un alma en espejo y nadie la vio nunca, y como mis mujeres no han adorado más que mi epidermis, de la pura experiencia del tacto infieren que la cosa que acarician soy yo. Es por eso, para que funcione el engaño, que le ruego me haga copias que posean estricta semejanza respecto del original.

—Hay otros problemas —dijo Hunico—. No se trata sólo de adecuar mi voluntad a su pedido. En el presente estado del desarrollo científico no puedo garantizar resultados inmediatos. En realidad, sigo trabajando bajo los parámetros de prueba y error...

—¿Se trata de dinero?

—El dinero es un punto. El segundo es un accidente. Una vez tuve un desmayo en el laboratorio, caí de espaldas, me golpeé la cabeza. Desde entonces no quedé igual. Me zumban los oídos, tengo visiones, en mis sueños veo a Dios (es como una gotita de agua que brilla en el cielo y dice “Bébeme”, pero no tiene gusto a nada), mi memoria ya no es la de antes, no recuerdo algunos pasos de la experimentación. Para peor, antes de desmayarme había encendido un cigarrillo, el fósforo cayó dentro de un papelerero, el laboratorio se quemó y perdí todos los registros de mis avances. Prácticamente tendría que empezar de nuevo. El tercer punto es la desolación. Me resulta duro enfrentarme a la tarea de crear vida que deberé eliminar. En razón del presente estado del desarrollo científico, si quiero estar a la altura de su exigencia, y hasta dar con las réplicas más perfectas, tendría que desprenderme de esos seres intermedios que, aunque tomando su máscara y siendo extractos de su sustancia, no dejarían nunca de ser criaturas de mi invención.

—¿Su dolor es una manera de aumentar su precio? No se preocupe por el dinero: es la sangre de los otros. Pida y le será dado. No aguanto más. ¿Qué es crear un cuerpo comparado con fundirlo? Quiero que reproduzca mi imagen en diez ejemplares que ocupen mi lugar en la cama y en la mesa de mis mujeres y me permitan descansar.

—Es que en el presente estado del desarrollo científico...

—¡¡Mozo!! ¿Por qué siempre la misma frase, doctor?

—La repetición es la madre del estilo, y el estilo vuelve visible la estrategia de toda ideología, que triunfa cuando se presenta como “natural”. Si yo repitiera esa frase la suficiente cantidad de veces, usted terminaría convencido de cualquier cosa que dijese luego, simplemente por el peso constante de esa afirmación vacía. Así que, fíjese... al poner en evidencia mi retórica exhibo mi sinceridad. Porque... Porque si va a convertirse en mi cliente, quiero que se entere de los riesgos.

Pidieron más whisky. Hunico bebió, siguió:

—Antes, cuando mi cerebro funcionaba bien, tuve otro cliente. Era un amigo. Multimillonario. Gómez. Venía de una familia muy humilde y como en el fondo seguía sintiéndose un negro pata sucia, su único objetivo en la vida era el de enriquecerse para resultar admirable a ojos de su esposa, Dalila. De las pupilas de Dalila, Gómez quería obtener el oro del amor, esa eternidad del instante que fija en un espacio ilusorio el equívoco de la percepción. En fin. Dalila era bellísima, hija de diplomáticos. Por supuesto, yo también la amaba... pero ese era mi secreto. Lo que Gómez no sabía es que tenía aquello que buscaba. Que mientras él entregaba todas sus horas a los negocios por amor, mientras se deslomaba trabajando para volverse digno de Dalila, en su ausencia Dalila desesperaba... a ella nada le importaba que su marido hubiese sido pobrísimo. Al contrario. El barro del origen ennoblecía su elección, y erróneamente creía que el tiempo que Gómez robaba a la pareja lo perdía en acostarse con jovencitas licenciosas, meretrices expertas en las piruetas más arduas y sofisticadas del deleite carnal... ¡Maquinaba cada prodigio irrealizable